



Intruso

Robert Thurston



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#Intruso

Colección: Tombooktu Asimov
www.asimov.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Intruso*

Autor: © Cordell Scotten

Traducción: Miguel Giménez Sales

Traducción cedida por Editorial Molino

Edición original en lengua inglesa:

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-23-9

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-457-5

ISBN Digital: 978-84-9967-458-2

Fecha de publicación: Mayo 2013

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Depósito legal: M-37057-2012

Índice

Leyes de la Robótica.....	9
¿Qué es un ser humano?.....	11
I. Los sueños de Robot City.....	19
II. Lidiando con los Plateados.....	31
III. Algo huele a podrido en Robot City.....	45
IV. El Ojo que todo lo ve.....	55
V. Bogart y Compás.....	65
VI. Robots farfulleros, ordenadores impertinentes.....	79
VII. Los Avery no tienen la solución.....	87
VIII. La inquietud de la criatura.....	95
IX. Las cosas se complican en Robot City.....	109
X. Eva errante.....	117
XI. Contrapuntos.....	127
XII. Frustraciones.....	145
XIII. Avery y los Plateados.....	159
XIV. Un detective despistado.....	175
XV. Salva al último bailarín por mí.....	183

XVI. La huida	195
XVII. Adán, Eva y Pellizco.....	203
XVIII. El regreso de Avery	207
XIX. La primera confrontación.....	225
XX. La segunda confrontación.....	243
Otros títulos de la colección.....	249

Leyes de la Robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

¿Qué es un ser humano?

Isaac Asimov

Parece una cuestión sencilla. Biológicamente, el ser humano pertenece a la especie *Homo sapiens*. Si aceptamos que un organismo determinado (digamos, un macho) es un ser humano, entonces cualquier hembra con la que pueda procrear será también un ser humano. Y cualquiera de los machos con los que estas hembras puedan reproducirse serán también seres humanos. Esto identifica de inmediato a billones de organismos de la Tierra como seres humanos.

Puede ocurrir que haya organismos que aún siendo demasiado viejos para reproducirse, o demasiado jóvenes, o demasiado imperfectos de la manera que sea, se parezcan a los seres humanos más de lo que se parecen a cualquier otra especie. Ellos, también son seres humanos.

Gracias a esto contamos hoy con algo más de 5 billones de seres humanos en la Tierra y quizá hasta 60 billones hayan vivido en ella desde que el *Homo sapiens* evolucionó.

Sencillo, ¿verdad? Desde un punto de vista biológico, todos somos seres humanos, independientemente de que hablemos inglés, turco o japonés; que seamos de piel blanca u oscura; pelirrojos o morenos; de ojos azules o castaños; con la nariz chata o ganchuda, y así sucesivamente.

Sin embargo, esta es una definición biológica, sofisticada. Ahora suponga que usted es parte de una tribu primitiva, homogénea

en apariencia, lengua y cultura, y de repente se encuentra con alguien que aparentemente se parece a usted, pero es pelirrojo, aunque a usted le había parecido que era moreno; de piel blanca, aunque usted le viese de tez oscura; y lo peor de todo, no puede comprender «el lenguaje de la gente» sino que emite extraños sonidos, que él parece entender, pero que claramente carecen de significado.

¿Son estos extraños seres humanos de la misma manera que lo es usted? Me temo que la opinión general sería que no lo son. No es que sea enteramente una cuestión de falta de refinamiento. Los antiguos griegos, que figuran ciertamente entre los seres humanos más sofisticados que jamás poblaron la Tierra, clasificaban todos los seres humanos en dos grupos: griegos y bárbaros.

Por bárbaros no querían decir que fueran personas incivilizadas o salvajes. Reconocían que algunos bárbaros como los egipcios, los babilonios y los persas habían alcanzado altos niveles de civilización. Se trataba básicamente de que los no griegos no hablaban griego; emitían sonidos que no querían decir nada (para un griego que se topaba con otras lenguas por primera vez) y que sonaban a un estúpido «bar-bar-bar».

Usted puede creer que los griegos hicieron esta división por una cuestión de conveniencia, pero no fueron tan lejos como para pensar que los bárbaros no fueran humanos. ¡Oh! ¿Seguro? Aristóteles, uno de los griegos antiguos de pensamiento más elaborado, tenía bastante claro que los bárbaros eran esclavos por naturaleza, mientras que los griegos eran hombres libres por naturaleza. Sin lugar a dudas sentía que había algo infrahumano en los bárbaros. Pero los griegos pertenecen a la Antigüedad por muy sofisticados que sean. Tenían una experiencia limitada, conocían sólo una porción pequeña del mundo. Hoy en día hemos aprendido tanto que no llegamos a ridículas conclusiones como esas. Sabemos que todas las criaturas humanas pertenecen a la misma especie. ¿Sí? ¿Ha pasado tanto tiempo desde que la mayoría de los americanos blancos creyesen que los negros africanos no eran humanos al igual que ellos; que los negros eran inferiores y que hacerlos esclavos y dejarlos vivir en las afueras de la sociedad blanca

era hacerles un gran favor? No me sorprendería si algunos americanos siguieran creyendo lo mismo ahora.

No hace tanto tiempo que los alemanes defendían en voz alta que los eslavos y los judíos eran inferiores a los humanos, así que tenían razón al esforzarse por librar a los «verdaderos» seres humanos de semejante chusma. Y no me sorprendería lo más mínimo si hubiera mucha gente hoy en día que albergase ideas similares. Casi todo el mundo considera otros grupos como «inferiores», aunque con frecuencia no se moleste en decirlo en alto. Tienden a dividir a la humanidad en grupos de los cuales sólo una pequeña parte (una parte que invariablemente les incluye) está formada por «verdaderos» seres humanos.

La Biblia, por supuesto, enseña universalidad (al menos en algunos lugares). Por ejemplo, pensemos en uno de mis pasajes favoritos del Nuevo Testamento, la parábola del buen samaritano (Lucas 10, 25-37). Alguien le dice a Jesús que uno de los principios que se deben seguir si se quiere ir al cielo es «amar a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le da la razón y el hombre pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?». (En otras palabras, ¿hay que amar sólo a los amigos y a la gente que a uno le gusta, o se supone que se debe amar a toda clase de vagos y sinvergüenzas?).

Y aquí viene la parábola del buen samaritano. Para decirlo en pocas palabras, un hombre necesita ayuda y tanto un sacerdote como un levita (hacedores de buenas obras a los que las personas piadosas tienen en alta estima) le ignoran, pero un samaritano le ayuda de veras.

A raíz de esta parábola hablamos del «buen» samaritano y pensamos que los samaritanos son todo bondad y no nos llama la atención la ayuda que ofrece. Sin embargo, para los judíos piadosos del tiempo de Jesús, los samaritanos eran herejes, instrumentos del mal, objetos de odio, y he aquí que tenemos un samaritano despreciado haciendo el bien ante la pasividad de los sacerdotes y los levitas. Y entonces Jesús pregunta, «¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?». Y el hombre se ve forzado a decir: «El que practicó la misericordia con él». Esto es lo mismo que decir que toda la gente buena es prójimo incluso aunque pertenezcan

a la clase de los que no merecen ni desprecio como son los samaritanos. Y se deduce que dado que los seres humanos tienen la capacidad de ser buenos, todos los hombres son prójimo y el amor debería hacerse extensivo a todos.

San Pablo dice en Gálatas 3, 28: «No hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». Esta es una rotunda declaración de universalidad.

Sé que hay mucha gente piadosa que conoce estos pasajes y que aún así mantiene opiniones racistas. Tal es el deseo de ser parte de un grupo superior que nada puede borrar la tendencia a ver inferiores a los demás; de clasificar a los seres humanos en: a) humanos, b) semihumanos y c) infrahumanos, poniéndose a uno mismo siempre en la primera categoría. Y si tenemos tantos problemas a la hora de conseguir que los seres humanos definan lo que es un humano, imagine el problema que tendría un robot. ¿Cómo definiría un robot a un ser humano?

En los viejos tiempos, cuando estaba empezando a escribir mis historias de robots, John W. Campbell (mi editor y mentor) me desafió en varias ocasiones a escribir una historia que tratase sobre la dificultad de definir un ser humano. Yo siempre me echaba atrás. No tenía que empezar a escribir tal historia para saber que sería especialmente difícil y que no podría hacerlo. Al menos, no entonces.

Sin embargo, en 1976, acometí finalmente la empresa y escribí *El hombre bicentenario*. Trataba esencialmente de un robot que se iba haciendo más y más humano, sin ser nunca aceptado como tal. Se volvía físicamente un ser humano, mentalmente un ser humano, y aún así nunca cruzaba la línea divisoria. Finalmente lo hizo, traspasando la última barrera. Se hizo a sí mismo mortal y al morir, fue aceptado por fin como humano. Resultó ser una buena historia (ganó tanto el Hugo como el Nebula) pero no daba una forma práctica de distinguir entre el robot y el ser humano, porque un robot no puede esperar durante años para ver si un ser del que se presume su humanidad muere, probando así que es humano.

Imagínese que es usted un robot y que tiene que decidir si algo que parece un ser humano lo es realmente, y lo tiene que

hacer con una cierta prisa. Si los únicos robots que existen son primitivos, no hay ningún problema. Si un objeto parece un ser humano pero está hecho de metal, es un robot. Si habla con una voz mecánica, se mueve a trompicones, torpemente y etcétera, etcétera, es un robot.

Pero qué sucede si el robot parece, en la superficie, totalmente un ser humano (como mi robot, Daniel Olivaw). ¿Cómo puede decirse que es un robot? Bueno, en mis últimas novelas de robots realmente no es posible. Daniel Olivaw es un ser humano en todos los sentidos salvo que es mucho más inteligente que muchos seres humanos, mucho más ético, más bondadoso y más decente, mucho más humano. Esto podría dar pie a una buena historia también, pero no ayuda a identificar un robot de ninguna manera práctica. Usted no puede seguir a un robot a todas partes para ver si es mejor que un ser humano, porque entonces tendría que preguntarse: ¿es él (ella) un robot o sólo un ser humano inusualmente bueno?

Ocurre lo siguiente... Un robot está condicionado por las tres leyes de la Robótica y un ser humano no. Esto significa, por ejemplo, que si usted es un ser humano y le da un puñetazo a alguien que usted cree puede ser un robot y este le devuelve el puñetazo, entonces no es un robot. Si usted mismo es un robot entonces, si le da un puñetazo y este se lo devuelve, este sigue siendo un robot, ya que puede saber que es usted un robot y la primera ley no le impide golpearle. (Este era un elemento clave en mi anterior historia *La prueba*). En ese caso, sin embargo, usted debe pedir a un ser humano que le dé un puñetazo al presunto robot y si le devuelve el puñetazo entonces, no es un robot.

Sin embargo, esto no funciona al contrario. Si usted es un ser humano y golpea a un presunto robot, y este no le devuelve el golpe, eso no significa que no sea un robot. Puede ser un ser humano y un cobarde. O un ser humano y un idealista que cree en poner la otra mejilla.

De hecho, si usted es un ser humano y agrede a un presunto robot y este le devuelve el golpe, este puede ser todavía un robot, a pesar de todo.

En definitiva, la primera ley dice: «Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños». Esto, sin embargo, incurre en un error de principio, ya que asume que un robot sabe qué es un ser humano en primer lugar.

Imagínese que un robot es fabricado para no ser mejor que un humano. Los humanos con frecuencia asumen que otras personas son inferiores y no del todo humanos, si simplemente no hablan su idioma o lo hablan con un acento extraño. (Esa es la idea central del *Pygmalion* de George Bernard Shaw). En ese caso sería sencillo fabricar un robot en el que la definición de un ser humano incluyese hablar una lengua en concreto con un acento determinado. Cualquier fallo a ese respecto convierte a la persona con la cual tiene que tratar el robot en no humana y el robot puede herirle o incluso matarle sin quebrantar la primera ley.

De hecho, hay un robot en mi libro *Robots e Imperio* para el que los humanos vienen definidos como aquellos que hablan con el acento típico de Solaria y mi héroe corre el peligro de morir precisamente por esa causa. Así que, como se puede ver, no es fácil diferenciar entre un robot y un ser humano. Podemos complicar la cuestión aún más si suponemos un mundo de robots donde nunca se hayan visto seres humanos. (Sería parecido a nuestros poco sofisticados predecesores que jamás entraban en contacto con alguien que no fuera de su propia tribu). Pueden todavía tener la primera ley y saber también que no deben herir a un ser humano, pero, ¿qué es este ser humano al que no deben herir?

Pueden pensar que un ser humano es superior a un robot en varios aspectos, dado que esta sería una razón por la cual no se le debería herir. No se debe emplear la violencia con alguien más valioso que uno mismo.

Por otro lado, si alguien fuera superior a usted, ¿no sería razonable pensar que usted no le puede hacer daño? Si pudiera, ¿no le convertiría eso en alguien inferior a usted? Aquí la falacia queda clara. Un robot es ciertamente superior a una roca que no piensa, sin embargo una roca que cae puede con facilidad herir e incluso destruir un robot. Por consiguiente

el inferior puede lesionar al superior, pero en un universo en condiciones no debería hacerlo. En ese caso, un robot que sólo cuenta con las leyes de la Robótica puede llegar a la conclusión de que los seres humanos son superiores a los robots. Pero entonces, imaginemos que en este mundo de robots, un robot es superior a todos los demás. ¿Es posible, en ese caso, que este robot superior, que nunca ha visto un ser humano llegue a la conclusión de que él mismo es un humano?

Si puede convencer a los otros robots de que esto es así, entonces las leyes de la Robótica gobernarán su comportamiento hacia él, y este bien puede ejercer su despotismo con ellos. ¿Pero diferirá del despotismo humano en algún sentido? ¿Estará este robot-humano todavía gobernado y limitado por las tres leyes en algunos aspectos o será totalmente libre?

En ese caso, si tiene la apariencia, la mentalidad y el comportamiento de un ser humano, y no está sujeto a las tres leyes, ¿de qué manera no es un ser humano? ¿Es que no se ha convertido realmente en uno?

¿Y qué ocurre si, entonces, seres humanos reales aparecen en escena? ¿Comenzarán de repente a funcionar las tres leyes en el robot-humano o persistirá en verse a sí mismo como un humano? En mi primera historia de robots, *Razón*, pensé sobre ello; describí un robot que se consideraba a sí mismo como superior a los seres humanos y al que no se le podía convencer de lo contrario.

De manera que, de una forma u otra, el problema de definir un ser humano es enormemente complejo y mientras que en mis relatos he tratado varios aspectos del mismo, me alegra dejar dicho problema para más larga consideración a Robert Thurston en este nuevo libro de la serie *Robots & Aliens*.

Isaac Asimov

I

Los sueños de Robot City

Derec sabía que estaba soñando. La calle por la que paseaba no era real. En ningún lugar de Robot City había habido jamás una calle como la que aparecía deformada ante sus ojos. Aún así, demasiadas cosas le eran familiares y eso le producía temor.

La Torre de la Brújula, ahora demasiado lejana en la distancia, había cambiado también. Parecía que hubiera salientes repartidos por toda su superficie, pero era imposible. En una ciudad donde los edificios podían aparecer y desaparecer de la noche a la mañana, la Torre de la Brújula era la única estructura permanente, inalterable.

Era posible que esta extraña calle hubiera sido construida recientemente, pero lo dudaba. Era una calle propia de un sueño, sencilla y simple y esto debía ser un sueño. De todos modos, ¿dónde estaban los robots? Nadie podía viajar a esta distancia por una calle de Robot City sin encontrarse al menos un robot utilitario caminando presuroso de aquí para allá de camino a alguna de sus tareas habituales; o un robot obrero con sus pinzas cargadas de herramientas; o un robot testigo, supervisando los movimientos de los humanos. En un paseo como este Derec debería de haberse cruzado con un robot a cada pocos pasos.

No, sin lugar a dudas esto era un sueño. Lo que él estaba haciendo era dormir en su nave en algún lugar del espacio

entre el planeta de los cuerpos negros y Robot City. Acababa de terminar su jornada después de haber tenido que lidiar con los Plateados durante horas, una tarea que agotaría a cualquiera, incluso aunque tuviera la paciencia de un santo.

Durante una época, justo después de que su padre le hubiese inyectado los chemfets en el torrente sanguíneo, había soñado regularmente con Robot City, pero averiguó que sus terribles pesadillas habían sido inducidas por un monitor que su padre había implantado en su cerebro. El monitor había estado intentando establecer contacto de manera que pudiese tomar conciencia de la naturaleza de los chemfets, que eran pequeñas placas de circuitos que crecían de una manera muy parecida a como lo había hecho la ciudad. Replicándose en su torrente sanguíneo y programados por su padre, eran una pequeña ciudad de robots en su cuerpo, que le conferían control psicoelectrónico sobre el ordenador central y por lo tanto sobre todos los robots. Después de enterarse y una vez que el proceso de réplica de los chemfets se hubo estabilizado, no tuvo más pesadillas en las que viese una Robot City deformada. Hasta ahora.

Dado que era tan consciente de que estaba soñando, quizá se trataba de lo que Ariel había definido como «sueño lúcido». En el estado de sueño lúcido, le había dicho, el que sueña puede controlar lo que sucede en el sueño. Y él quería controlar este sueño, pero de momento no podía pensar en nada en concreto que quisiera hacer.

Miró a su alrededor. El trazado de calles inmediato parecía hecho de los pedazos de las diferentes etapas en las que se había desarrollado la ciudad, una original composición de lo que Derec había observado en sus diversas visitas.

Pero, ¿dónde estaban los robots? Si este era un sueño lúcido, quizá la razón por la cual no había visto ninguno todavía era que él no los había dejado entrar en escena. Quizá estaban dentro de los edificios esperando a que se les llamase. Quizá debiera hacerlo así, antes de que le entrase el pánico. ¿Pero a cuál de ellos podía invocar? ¿Qué tal Lucius, el robot que había creado la auténtica obra maestra de la ciudad, la fabulosa escultura tetragonal construida en forma de pirámide llamada el Disyuntor? Sería una buena elección ya que al haber sido

víctima de un extraño roboticidio ya no existía. Ciertamente sería agradable ver otra vez al viejo Lucius, aunque sólo fuera para hablar con él sobre arte; ¡para ser un robot tenía el cuerpo tan atípicamente encorvado! Últimamente no había habido mucho arte en su vida, salvo por el sobrecogedor espectáculo de contemplar un millar de cuerpos negros repartidos por el firmamento. Aquello era hermoso, pero no era arte.

Se preguntaba por qué su mente divagaba de aquella manera. ¿Habían los Plateados alterado tanto su equilibrio mental? «Olvídalos. Olvídate de ellos ahora. Pon un robot normal en tu sueño. Uno de los robots más inolvidables que hayas conocido. Por ejemplo, Avernus. Veamos su cara de adusto gesto otra vez, su piel de color negro azabache metalizado, sus manos intercambiables». Se concentró en Avernus, pero el robot no apareció. «¿Qué tal Euler y sus ojos brillantes de células fotoeléctricas?». No, no había forma. «Intentémoslo con Wohler, entonces, antes de que se estropeará al intentar salvar a Ariel en el muro exterior de la Torre de la Brújula. Dorado e impresionante, Wohler sería una maravillosa elección». Pero ningún Wohler respondió a su llamada. Tendría que hablar con Ariel sobre esto. Para ser un sueño lúcido estaba resultando todo un desastre.

A bordo de la nave, Ariel también estaba soñando en su compartimiento, aunque el suyo no era un sueño lúcido. Era algo más profundo; era, decididamente, una pesadilla.

Jacob Winterson, el robot humaniforme que había sido su sirviente, existía de nuevo. Jacob había sido destruido por Neuronius, uno de los alienígenas voladores llamados los cuerpos negros. Había explotado y casi había destrozado a Jacob (y a sí mismo). Los pocos pedazos carbonizados que quedaron estaban enterrados en algún lugar desconocido de la comunidad agrícola que Ariel había iniciado como resultado del acuerdo político con los cuerpos negros. El acuerdo había funcionado. Habían estado a punto de destruir por completo la nueva ciudad de los robots de su planeta porque era una amenaza para sus sistemas meteorológicos; con todo, una comunidad agrícola era bien aceptada por ambas partes.

En el sueño, Jacob estaba sentado delante del terminal de un ordenador. Sus dedos, parecidos a los de un humano, volaban sobre el teclado pulsando las teclas con tal fuerza que parecía querer empujarlas hasta dentro, sacudiendo la pantalla con su feroz manera de teclear.

Le preguntó qué estaba haciendo. Le respondió que estaba trabajando en la fórmula que transformaría un robot humanoide en un ser humano. Le dijo que tal fórmula no existía. Cuando se volvió hacia ella, sus ojos parecían estar llenos de una ira aterradora, casi humana. Le replicó que había al menos un centenar de leyendas terrícolas y espaciales en las que las criaturas se volvían humanas. Estatuas, muñecas, peces, árboles...; en esos mitos, todos se convertían en seres humanos. Estaba seguro, dijo en un tono poco típico de él, de que debía haber una fórmula mediante la cual él también podría transformarse.

¿Por qué la Torre de la Brújula parecía tan enferma? Se preguntaba Derec. ¿Le era posible, en su sueño lúcido, modificarla? Se concentró en la forma del edificio e intentó devolverle la grandeza arquitectónica de su forma piramidal. Pero no ocurrió nada. Si acaso, la Torre parecía más fea y tuvo que dejar de mirarla.

Algo en la distancia se aproximaba a él, bajando por la calle a gran velocidad. A medida que pasaba junto a los edificios, estos cambiaban. Cuando se acercó, vio que era un vehículo, pero de un tipo que no tenía nada que ver con ninguna de las formas de transporte de Robot City. Se desplazaba sobre tres gruesas ruedas que le hacían semejar a uno de esos vehículos de transporte público de pequeño tamaño, ligeros utilitarios usados para desplazarse por la ciudad. La carrocería del vehículo no tenía una forma definida, era como si se hubieran juntado un montón de fragmentos sin aparente geometría sobre un eje central. Estaba pintado de negro y gris, y de una manera desordenada, a manchas.

Aunque estaba seguro de que se hallaba en medio de un sueño lúcido, Derec permaneció desafiante en el centro de la calzada, retando al vehículo a que tuviese que frenar y parar a sus pies. Y así hizo. «Bien», pensó, «por fin tengo el control del sueño. Espera y verás».

Una enorme escotilla situada en la parte superior del vehículo se abrió con el sonido de una explosión y el doctor Avery, su padre, salió por ella. ¿Qué clase de sueño lúcido era este? La última persona a la que deseaba ver era a su megalómano padre, interfiriendo en su sueño de la manera en la que había interferido en su vida, inyectándole los chemfets y transformándole en un ordenador andante. Bueno, digamos que sólo mitad ordenador.

Avery parecía más loco que de costumbre. Sus ojos, habitualmente intensos, brillaban con una demencia extrema. De hecho, Avery daba una impresión tan exagerada que Derec sintió que podía relajarse. No había motivo para tener miedo, después de todo era sólo un sueño. Un sueño sobre el que podía ejercer control en cualquier momento.

Ariel puso su mano sobre la de Jacob. Notó que tenía un tacto suave, más parecido al de un humano que al de un humaniforme. Le dijo que parase. No hacía falta que se convirtiera en un hombre. Incluso si encontraba la fórmula, sería una locura usarla. Al ser un robot humaniforme, Jacob tenía todas las ventajas de la existencia humana sin sus inconvenientes, sin las miserias físicas y emocionales de los humanos.

Jacob dejó de mirar a la pantalla y se volvió a Ariel. Por un momento sus ojos expresaron una tristeza prácticamente humana.

—¿No lo ves? —dijo—. Quiero los inconvenientes. Quiero sentir lo que siente un humano. Dolor, alegría, amor. Quiero poder amarte, señora Ariel.

Ariel puso un dedo sobre sus labios. En comparación con sus manos, estos parecían los de un robot, labios de duro metal que podían hacer, si apretaba con la suficiente intensidad, que sus dedos sangrasen. Le tentaba probarlo. Si intentase hacerse un corte en la mano, ¿sería Jacob capaz de invocar la primera ley de la Robótica, la parte que dice que un robot no puede causar daño a un humano, lograría ser lo suficientemente rápido para detenerla?

—No puedes amarme, Jacob —le dijo tiernamente—. Amo a Derec, de manera que no tiene sentido que me quieras.

Sería, como lo llaman en las novelas de amor, un amor no correspondido.

—No importaría. También sería feliz de esa manera. Podría responder a este amor como se hace en las grandes obras de la literatura. Podría, a la manera de uno de sus amantes legendarios, morir al caer de un puente, cruzando un río, tomando un frasco de veneno o clavándome una poderosa daga.

—Calla, Jacob. Para, por favor. No me gustaría que murieras por mí.

—Ya estoy muerto.

—No, no digas eso. Estás aquí. Estás...

—En una tumba.

—Jacob.

—Un montón de metal pudriéndose, como simples re-puestos cubiertos de polvo.

Le asustaba la vehemencia con la que hablaba. Tuvo que retroceder.

El doctor Avery llevaba un uniforme negro y gris, con botones plateados, que parecía demasiado militar para un científico.

—Pareces desconcertado —le dijo, después añadió casi con desdén—, hijo mío, ¿qué te sucede?

—Bueno, es que este es mi sueño, y se supone que soy yo quien lo controla, y no eres bien recibido.

—No puedes echarme de él. Estoy en todas partes. En la ciudad, en tus sueños, en tu sombrero —dijo Avery sonriendo de manera siniestra.

—¿Mi sombrero? Pero si ni siquiera llevo un...

—Es sólo una vieja expresión de la Tierra. Soy un experto en ellas. Tenerlo en el bote, volverse majara, creerse el no va más, el vivo al bollo y el muerto al hoyo. Conozco expresiones terrícolas de todas las etapas de su historia.

—Pero yo no sé ninguna y este es mi sueño, así que sal de mi mente.

—¿Estás seguro?

—Sé que no estás aquí. Voy en una nave camino de Robot City. Quizá estés en la ciudad, liando las cosas como de costumbre, pero no estás en esta nave.

—A lo mejor sí. Después de todo soy omnisciente y omnipotente.

—Lo sé, lo sé. Siempre fuiste tu propio dios.

—Sí.

Si esto era un sueño lúcido, pensó Derec, entonces debería ser capaz de escapar del viejo bastardo. Se dio media vuelta y echó a correr calle abajo. Los edificios a ambos lados parecían desaparecer engullidos por la tierra, aunque rápidamente aparecían otros que los remplazaban.

Muchos edificios tenían una forma extraña, no se parecían a ninguno de los que había en Robot City. Algunos se inclinaban de manera desafiante, unos cargaban sobre otros mientras que otros se desplomaban hacia fuera. A lo lejos un edificio de gran altura se balanceaba de lado a lado como atrapado por un fuerte vendaval. Pero había un cierto ritmo en su movimiento, algo que recordaba a una suerte de danza. Pero, ¿qué danza? Era algo que tenía que ver con su pasado, un vago recuerdo que no acababa de hacérsele claro. Eso era lo que ocurría con su memoria: una parte de sus recuerdos aparecía fugazmente por su mente y desaparecía antes de que pudiera darles sentido. Había tantas zonas de su vida pasada que permanecían todavía bloqueadas en su mente a causa de la amnesia que durante un tiempo fue total.

Ariel se encontró de repente a sí misma en un corredor subterráneo de la Tierra, pero no se parecía a ninguno de los túneles que había visto durante su visita a la misma. Para empezar estaba desierto. Era imposible ver un corredor vacío en la Tierra. Los cuerpos humanos eran visibles en todas partes, a excepción de los barrios restringidos.

Sus pasos resonaron a través del corredor, produciendo un eco cien veces repetido. Se sintió como si la persiguiese una muchedumbre que caminara al mismo ritmo que ella. Cada vez que se daba la vuelta para enfrentarse a sus perseguidores, no encontraba ni rastro de ellos.

Llegó a una sección comedor, la clase de lugar que había llegado a odiar. Había abundante comida caliente en las bandejas similares a las de una cafetería, pero nadie se sentaba en

ninguna de las numerosas mesas o atendía detrás del mostrador. Por el aspecto de la habitación daba la impresión de que había habido una repentina alarma y que todo el mundo había tenido que marcharse rápidamente. Sintió hambre y tomando una cuchara que limpió cuidadosamente en una servilleta de papel (después de todo, ella procedía de Aurora, donde se abominaba de los deficientes hábitos higiénicos de la Tierra), cogió una cucharada de algo blando y blanco. Sin embargo, al ponerlo en la boca, pareció arder y quemarle la lengua y el cielo de la boca. Lo escupió.

—¿Le ha hecho daño algo?, señora Ariel —era Jacob de nuevo, que aparecía a su lado como por arte de magia.

—No, pero gracias por preguntar.

—Debo hacerlo. Me lo exige la primera ley.

—Oh, por supuesto. Si decides convertirte en humano, Jacob, no tendrás que obedecer las leyes de la Robótica nunca más. Perderé la ventaja de que tú me protejas.

—Seguiré protegiéndola, señora, independientemente de que sea robot o humano.

Había algo tan conmovedor, algo tan triste y vulnerable en aquella versión de su compañero robot muerto, que Ariel empezó a llorar. Lloró en sueños y lloraba todavía al despertar.

Derec miró hacia atrás. Avery y su extraño vehículo habían desaparecido del centro de la calle. Bien, al menos algo en su sueño lúcido funcionaba.

Delante de él había un parque. Derec podía ver árboles altos, llenos de ramas, repletos de hojas. Sobre los caminos adoquinados se alineaban flores de colores brillantes. Sombrillas de metal tamizaban la luz suave de las farolas distribuidas a intervalos iguales a lo largo del camino. En lo alto de una pendiente, distinguía columpios, toboganes, balancines, estructuras de barras, todas las instalaciones de un parque infantil.

Se dirigió hacia el parque acelerando el paso. La calle parecía adquirir velocidad bajo sus pies como si de una cinta de andar se tratara. Antes de llegar al parque, los edificios situados a lo largo del camino aumentaron de tamaño, creciendo sobre la calzada, inclinándose sobre ella, tapando la luz y oscureciéndolo todo.

La última zancada desde la calle hasta dentro del camino adoquinado del parque fue un salto tremendo, más amplio de lo que normalmente conseguiría saltar. Al aterrizar, dio algunos pasos hacia delante hasta recuperar el equilibrio.

Comenzó a caminar hacia el parque infantil. El camino no era difícil, le permitía tomar aliento y recuperarse. Decidió trotar y las irregularidades del mismo confirieron ritmo a sus pasos. Alcanzó tal velocidad que casi resbaló delante de la puerta del parque. Una cancela impedía la entrada. Sobre ella figuraba una placa dorada que decía: «Parque Avery». El viejo sinvergüenza le había puesto su nombre a un parque. ¡Qué desfachatez! Se suponía que los parques representaban alegría y felicidad. De ninguna manera podían traducir el monstruoso cinismo del doctor.

Bajo la enorme placa había una más pequeña en la que se leía: «Válganse del jabón, todos ustedes, tíos raros que enseñan aquí». ¿Qué quería decir Avery con eso? ¿Y cómo podía, después de todo, querer decir algo? Él era un simple personaje en el sueño de Derec. La verdadera pregunta era cómo podía la mente de Derec haber formado una escena tan inusual, esas extrañas palabras. Tendría que discutirlo todo con Ariel, la experta en estos temas.

Al abrir la cancela liberando el pestillo de la misma se oyó un agudo chirrido. Una voz profunda que parecía venir de arriba dijo: «Bienvenido. Disfrute».

—¿Disfrute de qué? —preguntó Derec. No hubo respuesta, no había duda de que la voz era una grabación que acompañaba la apertura de la puerta.

Tímidamente avanzó un par de pasos para entrar en el parque. Inmediatamente a su derecha había un tobogán altísimo. Aunque no recordaba su infancia, sabía lo que era. Incluso le resultaba familiar. Al acercarse a él, descubrió que estaba incompleto. Ninguna escalera llevaba a la plataforma desde la cual un niño se deslizaría hacia abajo. El tobogán parecía sostenerse por sí mismo.

Le invadió un impulso irrefrenable de probar el tobogán. Aunque podía haber ascendido hasta la plataforma superior desde el final del mismo, sabía que tenía que empezar desde

la plataforma. Este era su sueño lúcido y podía hacer todo lo que quisiera, incluido saltar más alto de lo que le era físicamente posible. Agachándose hasta ponerse cerca del suelo como le era posible, saltó hacia arriba. Hizo por llegar hasta el extremo de la plataforma, pero no lo logró. De vuelta en el suelo, se agachó de nuevo y dio un segundo y magnífico salto que le llevó más allá del nivel de la plataforma. Estirando un brazo, se agarró a su borde. Con gran dificultad y resoplado, subió a la plataforma. Esta se movió de arriba abajo como un trampolín, casi tirándole al suelo.

El tobogán parecía más alto de lo que se apreciaba desde abajo o quizá él se había vuelto muy pequeño, un niño otra vez. Al mirarse las manos vio que se encogían. Eran las manos de un niño. No sólo eso, sus ropas se habían transformado cómo por arte de magia. Llevaba puesto uno de esos suéteres plateados que durante una época estuvieron de moda para los niños pequeños. ¿Cómo podía conocer los suéteres plateados? Antes de que pudiera hacer especulaciones sobre este misterio, una voz le llamó desde abajo.

—Tírate por el tobogán cariño. Yo te cogeré.

Había una mujer de pie junto al tobogán. Parecía alta y delgada, pero no podía distinguir los detalles de su cara a pesar de que estaba vuelta hacia él. Su voz era amable y extraordinariamente simpática. Se sintió dispuesto a ir hacia ella tirándose por el tobogán. Pero, incluso a pesar de continuar mirándola fijamente, se transformó. Ahora era una señora baja, bastante regordeta, vestida con ropas extravagantes y pasadas de moda, pero no era posible todavía discernir su rostro. ¿Se trataba de alguna treta de los Plateados? ¿Estaban experimentando con formas humanas, usando fotografías sacadas del ordenador de la nave?

—No tengas miedo cariño —dijo la mujer. ¿Se equivocaba o acaso no era aquella la voz de Eva Plateada?—. No te caerás del tobogán. No te pasará nada.

Si era uno de los Plateados, él o ella podían hacerle caer al suelo retirando las manos justo cuando llegase al final del tobogán. Se echó atrás, ya no quería tirarse por él.

Ahora la mujer era de talla y complexión medianas, vestía una bata blanca inmaculada. No importaba la forma que adoptase,

la ropa que llevase, todavía no le veía la cara. Sabía que había una cara allí. Simplemente no acababa de hacérsele visible a pesar de los vívidos detalles que veía del resto de ella.

—Suéltate de los barrotes, querido, y tírate. No te preocupes. Mamá te recogerá.

¡Mamá! ¿Era ésta su madre? No, debía de ser uno de los Plateados que le gastaba una broma. No conocía a su madre y, de hecho, sabía muy poco de ella. Su padre no le había contado nada de ella. ¿Cómo pretendía poder duplicarla uno de los Plateados? Un momento, esto era un sueño. La mujer que estaba abajo no era ni uno de los Plateados ni su madre. Era un producto de su mente. Lo que sí sabía ahora era que no quería tirarse por el tobogán, ni siquiera aunque le esperasen ansiosos los brazos de su madre. Comenzó a gritar. Sus gritos sonaban como los de un niño, estridentes, agudos y asustados.

—No voy a tirarme. ¡No y no!

—No pasa nada, David. Mamá está aquí.

David, su nombre real, o al menos el que su padre y Ariel le habían dicho que era. Quizá esto no era un sueño y ella era realmente su madre. Si se tiraba podría verla mejor. Pero sus manos podían convertirse en cuchillos, fuego, dolor. De repente le tuvo mucho miedo.

—¡Déjame en paz! —gritó—. ¡Déjame en paz!

En un momento los barrotes a los que se sujetaba se pusieron al rojo y también el metal sobre el que se sentaba. Era como un tobogán que ha estado al sol cuando más caliente, en el día más caluroso del año. ¿Cómo podía saber aquello?

No podía permanecer allí. Tenía que soltarse. Se deslizó, gritando. La cara de su madre pareció acercársele, pero no había todavía ningún rasgo reconocible en ella. La vio extender los brazos hacia él. Y se despertó.

Sentía el sudor sobre su cara mientras contemplaba el encantador rostro de Ariel Welsh. Permaneció junto a su litera con los brazos extendidos hacia él tal y como había hecho su supuesta madre en su sueño.